



Cuentos de **fútbol** argentino

Selección y prólogo: Roberto Fontanarrosa
Adolfo Bioy Casares - Jorge Luis Borges
Marcelo Cohen - Humberto Costantini
Alejandro Dolina - José Pablo Feinmann
Inés Fernández Moreno - Rodrigo Fresán
Roberto Fontanarrosa - Elvio E. Gandolfo
Liliana Heker - Héctor Libertella - Diego
Lucero - Marcos Mayer - Pacho O'Donnell
Guillermo Saccomanno - Juan Sasturain
Osvaldo Soriano - Luisa Valenzuela

Si acaso es cierto, como afirma Alejandro Dolina, que “en un partido de fútbol caben infinidad de novelescos episodios”, el inevitable resultado del encuentro entre fútbol y ficción tenía que ser este cóctel poderoso y típicamente argentino.

Y nadie mejor que Fontanarrosa para elegir a los integrantes de esta selección. Aficionado al gol de lujo, consagró un equipo mixto de eficacia más que probada y, al sonido del silbato, invita: “Señores, a lo nuestro. Que la pelota está en el centro del campo, el árbitro consulta con sus asistentes y ya damos vuelta la primera página de este partido para gozar del juego que los argentinos, como diría el Serrat, mejor jugamos y más nos gusta”.

Roberto Fontanarrosa

Prólogo

Cortita y al pie

No crecí queriendo ser como Julio Cortázar. Crecí queriendo ser como Ermindo Onega. Por eso llegué a la literatura por la puerta de atrás, con los botines embarrados y repitiendo siempre el viejo chiste: “Mi fracaso en el fútbol obedece a dos motivos. Primero: mi pierna derecha. Segundo: mi pierna izquierda”. Tal vez por eso, todo prolegómeno que demore un partido de fútbol, me molesta. La ceremonia de los himnos, las fotografías previas, la entrega de alguna plaqueta, los proyectiles que caen sobre el arco de los visitantes dilatando el inicio del encuentro, me sacan de quicio. Y algo de eso se trasunta en el cuento mío que integra este libro. Conocedor de esa ansiedad por el pitazo inicial, sabiendo la expectativa que a uno lo carcome hasta el momento en que empieza a correr la pelota, abreviaré en lo posible este dichoso prólogo. Entiendo largamente el deseo imperioso del amigo lector por deleitarse con un Juan Sasturain, un Pacho O’Donnell, un Negro Dolina o un Gordo Soriano. Figuras que quizás, caprichosamente —junto con Costantini, Fernández Moreno y quien esto escribe—, pueden ir al banco de suplentes si el primer equipo forma, como se anuncia, con Saccomanno, Cohen o Lucero, Fresán, Borges y Valenzuela; Gandolfo, Heker y Bioy Casares; Feinmann, Mayer y Libertella. Pero es bueno aclarar que, en esta lista de buena fe y mejor letra, no hay titulares ni suplentes. La editorial nos ha prometido que todos podremos lucirnos, ya que este maravilloso grupo humano es como si fuera una gran familia. Tanto que, vale consignarlo para evitar sorpresas, queridos aficionados al viril deporte

del balompié, Inés Fernández Moreno, Liliana Heker y Luisa Valenzuela han sido aceptadas en el plantel siendo, como sus nombres lo indican, mujeres. Bellas literatas que acceden a este mundillo supuestamente de hombres cabalgando en el crecimiento del fútbol femenino y en la innegable pasión que alberga en el corazón de toda niña argentina. Y basta de palabras. Señores, a lo nuestro. Que la pelota está en el centro del campo, el árbitro consulta con sus asistentes y ya damos vuelta la primera página de este partido para gozar del juego que los argentinos, como diría el Serrat, mejor jugamos y más nos gusta.

Roberto Fontanarrosa

Adolfo Bioy Casares y Jorge Luis Borges (H. Bustos Domecq)

Esse est percipi

Viejo turista de la zona Núñez y aledaños, no dejé de notar que venía faltando en su lugar de siempre el monumental estadio de River. Consternado, consulté al respecto al amigo y doctor Gervasio Montenegro, miembro de número de la Academia Argentina de Letras. En él hallé el motor que me puso sobre la pista. Su pluma compilaba por aquel entonces una a modo de *Historia Panorámica del Periodismo Nacional*, obra llena de méritos, en la que se afanaba su secretaria. Las documentaciones de práctica lo habían llevado casualmente a husmear el busilis. Poco antes de adormecerse del todo, me remitió a un amigo común, Tulio Savastano, presidente del club Abasto Juniors, a cuya sede, sita en el Edificio Amianto, de avenida Corrientes y Pasteur, me di traslado. Este directivo, pese al régimen doble dieta a que lo tiene sometido su médico y vecino doctor Narbondo, mostrábase aún movedizo y ágil. Un tanto enfarolado por el último triunfo de su equipo sobre el combinado canario, se despachó a sus anchas y me confió, mate va, mate viene, pormenores de bulto que aludían a la cuestión sobre el tapete. Aunque yo me repitiese que Savastano había sido otrora el compinche de mis mocedades de Agüero esquina Humahuaca, la majestad del cargo me imponía y, cosa de romper la tirantez, congratulólo sobre la tramitación del último goal que, a despecho de la intervención oportuna de Zarlenga y Parodi, convirtiera el *centro-half* Renovales, tras aquel pase histórico de Musante. Sensible a mi adhesión al once de Abasto, el prohombre

dio una chupada postrimera a la bombilla exhausta, diciendo filosóficamente, como aquel que sueña en voz alta:

—Y pensar que fui yo el que les inventé esos nombres.

—¿Alias? —pregunté, gemebundo—. ¿Musante no se llama Musante? ¿Renovales no es Renovales? ¿Limardo no es el genuino patronímico del ídolo que aclama la afición?

La respuesta me aflojó todos los miembros.

—¿Cómo? ¿Usted cree todavía en la afición y en ídolos? ¿Dónde ha vivido, don Domecq?

En eso entró un ordenanza que parecía un bombero y musitó que Ferrabás quería hablarle al señor.

—¿Ferrabás, el locutor de la voz pastosa? —exclamé—. ¿El animador de la sobremesa cordial de las 13 y 15 y del jabón Profumo? ¿Estos, mis ojos, le verán tal cual es? ¿De veras que se llama Ferrabás?

—Que espere —ordenó el señor Savastano.

—¿Que espere? ¿No será más prudente que yo me sacrifique y me retire? —aduje con sincera abnegación.

—Ni se le ocurra —contestó Savastano—. Arturo, dígame a Ferrabás que pase. Tanto da...

Ferrabás hizo con naturalidad su entrada. Yo iba a ofrecerle mi butaca, pero Arturo, el bombero, me disuadió con una de esas miraditas que son como una masa de aire polar. La voz presidencial dictaminó:

—Ferrabás, ya hablé con De Filipo y con Camargo. En la fecha próxima pierde Abasto, por dos a uno. Hay juego recio, pero no vaya a recaer, acuérdense bien, en el pase de Musante a Renovales, que la gente lo sabe de memoria. Yo quiero imaginación, imaginación. ¿Comprendido? Ya puede retirarse.

Junté fuerzas para aventurar la pregunta:

—¿Debo deducir que el score se digita?

Savastano, literalmente, me revolcó en el polvo.

—No hay score ni cuadros ni partidos. Los estadios ya son demoliciones que se caen a pedazos. Hoy todo pasa en la televisión y en la radio. La falsa excitación de los locu-

tores ¿nunca lo llevó a maliciar que todo es patraña? El último partido de fútbol se jugó en esta capital el día 24 de junio del 37. Desde aquel preciso momento, el fútbol, al igual que la vasta gama de los deportes, es un género dramático, a cargo de un solo hombre en una cabina o de actores con camiseta ante el cameraman.

—Señor, ¿quién inventó la cosa? —atiné a preguntar.

—Nadie lo sabe. Tanto valdría pesquisar a quién se le ocurrieron primero las inauguraciones de escuelas y las visitas fastuosas de testas coronadas. Son cosas que no existen fuera de los estudios de grabación y de las redacciones. Convéznase Domecq, la publicidad masiva es la contramarca de los tiempos modernos.

—¿Y la conquista del espacio? —gemí.

—Es un programa foráneo, una coproducción yanqui-soviética. Un laudable adelanto, no lo neguemos, del espectáculo cientifista.

—Presidente, usted me mete miedo —mascullé, sin respetar la vía jerárquica—. ¿Entonces en el mundo no pasa nada?

—Muy poco —contestó con su flema inglesa—. Lo que yo no capto es su miedo. El género humano está en casa, repantigado, atento a la pantalla o al locutor, cuando no a la prensa amarilla. ¿Qué más quiere, Domecq? Es la marcha gigante de los siglos, el ritmo del progreso que se impone.

—¿Y si se rompe la ilusión? —dije con un hilo de voz.

—Qué se va a romper —me tranquilizó.

—Por si acaso seré una tumba —le prometí—. Lo juro por mi adhesión personal, por mi lealtad al equipo, por usted, por Limardo, por Renovales.

—Diga lo que se le dé la gana, nadie le va a creer.

Sonó el teléfono. El presidente portó el tubo al oído y aprovechó la mano libre para indicarme la puerta de salida.

Marcelo Cohen

Fantasia española

Aunque la luz matinal era clara y celeste, Galissou se movía por la habitación como si estuviera llena de bruma. Cuando por fin llegó a la ventana dio enseguida un paso atrás, luego un golpecito en el cristal y arrastrando los pies volvió a sentarse frente a la mesa. En un plato había cuatro galletas integrales; al lado, en orden aparente, un flaco listín telefónico abierto, una botella de leche y un teléfono beige.

Galissou recorrió con un dedo la columna de apellidos de una página del listín. Hasta las dos terceras partes casi todos tenían una marca en rotulador verde. Sin despegar los ojos del nombre donde había parado la uña, ladeando un poco el torso, Galissou descolgó el teléfono y marcó un número. Esperó, alisándose una y otra vez el albornoz azul eléctrico.

—Palomera —disparó una voz al otro lado de la línea.

—Señor Palomera...

—Ya he dicho que soy Palomera.

—Sí, ya lo sé. Señor Palomera: buenos días, soy Galissou.

Se hizo un silencio de gravedad mediana. Cansado de estudiarse las pantuflas, Galissou cerró los ojos.

—No tengo el gusto. No tengo el menor gusto.

—Atalanio Galissou. Interior izquierdo del Toviél.

Confusos chasquidos poblaron el nuevo silencio.

—Ah, ya, ya, Galliso. ¿Qué se le ofrecía? Sea breve, le suplico.

—Eeehmmm, ¿qué es ese ruido? ¿Su teléfono o el mío?

—Papeles. —Ahora la voz sonaba algo más lejana.

—¿Cómo?

—Papeles —la voz cobró un volumen brutal—: ¡Papeles, Galliso! No sé si sabe exactamente adonde ha llamado, pero esto es el archivo parroquial de nuestro pueblo y habla usted con el responsable. ¿Le molesta que vaya hojeando papeluchos mientras usted me entretiene? La tarea del historiador es ímproba, Galliso.

—Galissou —dijo Galissou—. *Ga-li-ssou*, señor Palomera. Ale extrañaría que mi nombre no le dijera nada.

—Pues no me dice.

Galissou sorbió un poco de leche. Miró dolorosamente la botella.

—Jo. ¿Y qué hizo usted el domingo pasado por la tarde? —preguntó.

Se oyó una risita asfixiada.

—¿Y usted, Galissou?

—Jugué un partido de fútbol. La final de liga regional. Ya le dije, soy el interior izquierdo del Toviel Fútbol Club. Precisamente...

—No me diga —los crujidos de fondo cesaron. Dio la impresión de que Palomera carraspeaba—. ¿Y qué? Veamos, déme una pista.

—Ya he hecho todo lo posible, señor Palomera. Quisiera no fastidiarle más. Pero bien... Mi madre era haitiana.

—¡Ah, caramba! El negro.

—Zambo. Soy zambo.

—Sí, claro. Sin duda. —Hubo un ruido sordo, como si se hubiera caído un bibliorato—. Hombre, Galissou. A mí el fútbol me la trae flojísima, pero no crea, he pensado en usted. Bien, digamos que he visto esa foto suya.

—¿Cuál?

—¿Cómo cuál? Esa foto pavorosa, no sé si en el diario de la capital o en "El Tovelano". Usted está sentado en un rincón del campo, solo, abrazándose las rodillas, la cabeza gacha...

—Ah, ésa.

—Sí, el pelo le brilla de sudor y de... ¿llovía, verdad? Una desolación inefable. Y al fondo los rivales arrojando besos a la alambrada, desnudos como monos, sí, y a lo lejos una chiquilla, supongo que de nuestra hinchada, con la cara arrugada de llanto.

—Para la gente ha sido una tragedia. Justamente yo llamaba...

—Sí, sí, algo he percibido. Una atmosferilla, un estupor basáltico. Creo que iban a ascender a... Hombre, Galissou... Qué quiere que...

—Nada. Nada. Lo que yo quería decirle...

—En confianza: ¿cómo le pudo pasar algo así?

Galissou alzó los ojos a la ventana. Contra la irreal nitidez del cielo unas ramas de nogal vibraban levemente, como si presintieran algo. Al otro lado de la línea el silencio era cavernoso pero incitante. Cruzó las piernas.

—Un error humano, señor Palomera. Técnicamente... No sé, la lluvia... En fin, el chut no salió como debía.

—¡Venga, Galissou! Usted es un jugador finísimo. Y experto. Eso dicen. ¿Sabe qué? No me convence. No, no.

La espalda de Galissou resbaló un poco en la silla. Las nalgas quedaron al borde del asiento. Se oía el insistente martilleo de un dedo.

—Tiene razón, Palomera. En todo.

—Ahoora sí. Ahora sí. No crea, yo he pensado mucho a qué pudo deberse. La soledad, el lastre de una misión desmesurada. Pero me gusta mucho la idea de un vórtice mental. Un destello, una... interferencia.

Galissou descruzó las piernas y se enderezó lentamente en la silla.

—Usted no vio el partido.

—No, para qué. Pero yo pienso, Galissou, es lo que hago en la vida; y elaboro. Tal vez sea la única persona que piensa en Toviél. Pensar continuamente amplía la percepción.

—¿Galissou?

—Estoy aquí.

—Usted tiene algo que contar. Le escucho. Tenemos tiempo.

Indeciso, Galissou miró las galletas pero cogió de nuevo la botella de leche. La detuvo a dos centímetros de los labios.

—Había llovido toda la segunda parte y mucho más desde el gol de ellos. Nosotros no nos desesperamos hasta que faltaban cinco minutos. Hemos sido mejores toda la liga. Infinitamente mejores. Por eso cuando empujaron a Coure en el área y el árbitro pitó lo vimos lógico. Como si el Dios del fútbol fuera justo. Así que fui y puse el balón en su punto. Siempre lo hago yo. Voy y pongo el balón, y tomo carrerilla. Todo de lo más natural... Cuando de repente se oye un trueno. Y más lluvia. No sé cómo podía llover más. Era un diluvio...

—Apocalíptico.

—Exacto. Señor Palomera: no se veían las tribunas, la gente ni los paraguas. Miré por encima del hombro y el agua borraba a mis compañeros, a los rivales. Yo esperaba. Estuve esperando cantidad de tiempo. En eso viene el árbitro y me sacude el brazo y me dice que para cuándo.

—¡Caray! No había oído el silbato.

—Um, señor Palomera, usted es un...

—Pienso, Galissou. Ahora mismo estoy pensando. Imagino con gran precisión. Su relato me hace imaginarlo todo.

Galissou bebió por fin un poco más de leche. Se le estremecieron los hombros. En la ventana, las ramas del nogal se habían aquietado.

—El árbitro volvió a su sitio y pitó más fuerte. Entonces apareció la portería, y el portero. Con las piernas abiertas, un poco agazapado, como se pone esa gente. Apareció entre la lluvia, como un animal... Lo veía clarísimo. Parecía... No sé.

Se oyó un chasquido de lengua contra paladar.

—Galissou, Galissou. Venga. En confianza.

—Parecía un león. Es que es un portero con una melena tremenda, pajiza. Bernárdez, se llama. Pero yo miré el balón. No quería ni engañarlo ni nada, sólo patear con alma y vida y zamparlo allí dentro y hacer justicia de una vez. Así que arranqué. Un paso, dos pasos. Tres pasos, Palomera. Cuatro. Vea, no llegaba nunca. Al balón. Y de pronto me rodeaba un silencio... ruidoso.

—El público entre la lluvia.

—No. Ya no llovía.

—Extraño.

—Era un silencio selvático.

Los dos hombres callaron un momento. Del lado de Palomera se oyeron pasos, como si se hubiera levantado a buscar algo, y luego un gorgoteo.

—Me lo figuraba —dijo Palomera—. ¿Tuvo un vahído?

—¿Cómo? Pues no sé. No. No podía moverme. Corría pero estaba paralizado.

—Atado.

Galissou tragó saliva. Tenía la cabeza gacha.

—¡Sí! Estaba atado a un poste. No sé de dónde venía esa sensación, ese... recuerdo. Era algo de la cabeza y del cuerpo, de otro tiempo. Un poste. En la selva. Gritaba, me sacudía, lloraba. Pero... Verá, estaba atada, me entiende. Había un viejo...

—¿Atada, ha dicho? —la voz de Palomera se volvió levemente áspera.

—Sí, atada. Había un viejo con una máscara de colorines y una especie de sonajero, un palito con cascabeles. Vino a pasarme el sonajero por los pechos, por los muslos, y luego se fue, se perdió en...

—La espesura. Lo comprendo. Un hechicero. Entonces...

—Era de noche, o el atardecer, entre las lianas, a lo lejos, un cántico, una especie de rezo. Había un aroma... no

sé. Entonces apareció el león. No se crea que rugía, no. Se pasaba la lengua por los morros, abría las... fauces. Sólo cuando estuvo a un palmo empezó a rugir, un aliento que quemaba. Se alzó en dos patas y me puso las garras en los hombros... Yo, aterrada, me desmayé.

—No era para menos.

—Sí, pero al instante me desperté de nuevo y vi una zarpa, y volví a desmayarme.

—Y soñó con el león.

—Creo que sí, me parece. Era el león y era Bernárdez, el portero, y también era Bernárdez y una especie de soldado que me atacaba con una bayoneta, pero eso no lo sé, la sensación venía de un tiempo diferente. Cuando me desperté de nuevo tenía los pechos todos pringosos, se veía una baba, y el león estaba echado a mis pies, mirándome con...

—Simpatía.

—Con bondad, señor Palomera. Tenía la cabeza apoyada en las manos. Sólo cuando el hombre de la máscara se acercó furioso, a azuzarlo, soltó un rugido. Le tiró un zarpa a ése, al brujo. Y volvió a mirarme, muy fijo, con la cara de Bernárdez. Y me pareció que se iban todos, todos los que estaban detrás de los árboles aunque yo no los viera, mi tribu, y el de la máscara, y yo estaba muy cansada, mucho, pero aliviado, feliz, ya no lloraba... Y el caso es que cuando el recuerdo se apagó...

—Usted había detenido la carrerilla.

—Sí. La sensación... se desvaneció. En mi cansancio vi el balón, reluciente, y a Bernárdez que se balanceaba con las piernas abiertas, unos centímetros por delante de la línea, porque los porteros siempre intentan adelantarse para tapar más. Pero tiene usted razón. Yo me había parado. Todo el mundo cree que hice la *paradinha*, un amago.

—¡Ja! La gente es deliciosamente ingenua.

—Nada de delicioso, señor Palomera. Yo no podía chutar. Simplemente no podía atacar a ese hombre, humillarlo.

Él también se jugaba algo. Y estaba dormido a mis pies, la imagen se iba y volvía. Había hecho todo lo contrario de lo que mi tribu esperaba que hiciera. Me protegía.

—Una criatura noble.

—Me flotaba la cabeza.

—Ya, me imagino.

Una sonrisa de menosprecio arrugó brevemente los espesos labios de Galissou. Se la borró con la mano, como si se arrepintiera.

—No, no se imagina. Fue algo horrible, muy jodido.

—Calma, Galissou. Sólo he dicho que me lo imagino. Pero claro, no lo he vivido. Procuero entender.

—Se levantó de repente, desperezándose como todos los felinos. Y rugió.

—Era un trueno, Galissou, en el estadio.

—Si usted lo dice. Yo oí un rugido. Y luego, y luego las zarpas de nuevo, en mi cuello, en mi vientre, y los dientes, Palomera, los dientes, cada desgarradura era un dolor infinito, una eternidad de dolor, y eran infinitas desgarraduras, borbotones de... Verse la sangre, las visceras, ver cómo la devoran a una y no morir. Morir sin morir del todo, agonizando. Ver las zarpas de Bernárdez, mis... *tejidos*.

—Y sus pechos, Galissou. —Palomera hizo una pausa—. Supongo que habrá seguido avanzando. Que se habrá lanzado.

—Sí, hacia el balón. Contra Bernárdez. Sabe, siempre he sido un jugador elegante y preciso. Pero en ese momento no pensé si chutar con el empeine al ángulo bajo, si engañarlo, esas chuminadas. Quería reventar la red, meter a Bernárdez en la portería con balón y todo. Hundirlo. Empatar con un chupinazo y ganar la liga, Palomera. Ganar la liga. Ya había perdido demasiado tiempo, joder.

—Eso se llama justicia poética. Venganza metafísica, diría yo. ¡Vida por vida, coño, en cualquier vida! —Palomera se sonó la nariz—. Pero bueno, no me ha dicho usted qué pasó.

—¿Ah, no?

—No.

El jadeo de Galissou tardó un tiempo en adoptar un ritmo, y al fin del proceso prefirió transformarse en un suspiro.

—Creo que con tantas paradas llegué al balón descompensado. Un poco pronto o un poco tarde, y torcido, la pierna no tuvo... No sé. Había charcos. Le pegué flojo, o la bota resbaló. Suele ocurrir cuando el balón está mojado, uno no le da de lleno. Si hasta me salió casi al medio... Y así y todo habría entrado, porque Bernárdez ya se había tirado a la izquierda. Pero le dio en el pie.

—Caray.

—Sí, y después se fue hacia el poste derecho, rebotó y empezó a pasearse por la línea. Yo vi que Bernárdez estaba a punto de recuperarse y fui a buscarlo. Me tendría que haber lanzado, zambullido, darle con una costilla, cualquier cosa.

—Habría sido la gloria.

—Psé —Galissou irguió el torso y se acomodó el albornoz—. Pero resbalé. El campo estaba... A tres pasos del balón caí como si me hubieran comido las piernas. Y él saltó como un felino y lo atrapó. —La voz se había vuelto gangosa—. Para mí fue la muerte. De nuevo.

—No se vive sólo una vez.

—Bien, señor Palomera. Eso es todo. Lo lamento.

—Por favor, Galissou. Me acaba de relatar una experiencia muy interesante, un enigma de la mente y el pasado. Recuerdo un cuento de Kipling...

—No, no. Digo que lamento haber fallado. Le ruego que me disculpe. Bien...

El ruido que se oía ahora era de uña rascando pintura.

—¿Cómo que lo lamenta?

Galissou frunció el ceño.

—Sí. Lo lamento. La temporada que viene demostraré lo que valgo.